

Vicente Collado Bertomeu

**Cinco homilías
para cada domingo**

Ciclo A

evd

ALAS (Huerto de Enseñanzas)
Facultad de Teología San Vicente Ferrer

Presentación

Ofrecemos al lector el primer volumen (Ciclo A) de las *Cinco homilías para cada domingo* publicadas en el Diario *Las Provincias* durante los años 1995-2010. Esperamos publicar a continuación los dos ciclos restantes (B y C) en los próximos volúmenes.

Por tratarse de una publicación para el periódico las homilías intentan reflejar dos o tres pensamientos centrados en el texto bíblico que conforma la liturgia de cada domingo. No pretendemos sino ofrecer estos pensamientos para iluminar la inteligencia de dichos textos, si bien entendemos que con frecuencia requerirían mayor espacio para desarrollar todo su contenido. Entendemos que pueden ser útiles para provocar un acercamiento diverso al texto bíblico y ayudar así a la elaboración de una homilía personal partiendo de la sugerencia ofrecida en estas *Cinco homilías*.

La publicación forma parte de la colección ALAS (Aula Luis Alonso Schökel) que edita la Asociación Huerto de Enseñanzas (Engadí) que quiere perpetuar la memoria del maestro Alonso Schökel según el lema **torah jatom belimudai** (la enseñanza garantizada en los discípulos) (Is 8,16). Son los discípulos quienes garantizan las enseñanzas del maestro si siguen trabajando y cuidando ese jardín evocado en el Cantar de los Cantares como lugar de recreo agradecido. Las enseñanzas selladas en la memoria del maestro son simiente, tallos, plantas, árboles y frutos, que necesitan del cuidado de sus discípulos para no secarse en el olvido. Este cuidado lo va reclamando el desarrollo de ese Huerto, que supone roturar la tierra, sembrarla y regar los primeros tallos hasta que ya tengan la capacidad de nutrirse con nuevos fertilizantes, podar las ramas y sarmientos que no dan fruto, transformar lindes, construir espacios habitables y otras tareas complementarias. Este lenguaje agrícola nos ayuda a programar y a trabajar la fuente sellada de las enseñanzas del maestro y tenemos la firme esperanza de que el proyecto que es ese Huerto crezca como el CEDRO del Líbano que refleja bien las tareas programadas (Centro de Enseñanzas, Documentación, Recreo y Orientación).

Nuestro propósito es dejar la mayor constancia posible de esas enseñanzas y su fertilidad en diversas áreas: la agrícola en un espacio donde se cultiven los principales frutos bíblicos; la arquitectónica en unas instalaciones que alberguen espacios dedicados a los cursos y desarrollo del estudio de las ciencias bíblicas; la recreación como reencuentro con nuestros

orígenes eternos en un espacio de calma y sosiego lejos del mundanal ruido. Todo ello asistido con una abundante cantidad de libros, voces e imágenes que nos permitan adentrarnos cada vez más en el sentido de la Palabra Eterna hecha realidad humana no sólo en la literatura sino en la Encarnación en la que nos sentimos plenamente incorporados por designio del Creador.

Somos conscientes de que la tarea agrícola depende sobre todo del cielo, del sol, del aire, de las lluvias, de las nieves, del rocío y también de las tempestades, así como de las plagas y de otras artimañas que provoca el enemigo del sembrador. Por eso nos centramos en la esperanza anunciada por Habacuc:

*Aunque la higuera no echa yemas
Y las cepas no dan fruto,
Aunque el olivo se niega a su tarea
Y los campos no dan cosechas,
.....
Yo festejaré al Señor
Gozando con mi Dios salvador:
El Señor es mi fuerza,
me da piernas de gacela,
me encamina por las alturas. (Hab 3,17-19)*

confiando en que nuestra actitud de escucha y aprendizaje nos haga sentir real el oráculo de Oseas:

*Aquel día escucharé –oráculo del Señor–
escucharé al cielo, éste escuchará a la tierra,
la tierra escuchará al trigo y al vino y al aceite
y éstos escucharán a Yezrael. (Os 2,23-24)*

Hemos procurado escuchar la Palabra de Dios tal cual nos ofrece la liturgia de cada domingo del año y no queremos ser obstáculo para que los que se dignen leer nuestros breves comentarios prescindan de lo que decimos toda vez que ello haya contribuido directa o indirectamente a valorar más y mejor lo que el Señor nos dice en la Sagrada Escritura. Nos consideramos aprendices permanentes de ese magisterio que solamente el Señor ejerce con plena e indiscutible autoridad.

El lector de este breve comentario no podrá sustituir su propia actitud de escucha directa de la palabra de Dios por cuanto pueda percibir en la lectura del mismo; estas páginas son solo un intento de acercarse al lector al texto sagrado en un lenguaje de fácil comprensión y por supuesto nunca exhaustivo.

La paz está más cerca

En ese movimiento de búsqueda, de afán por ver la solución de nuestros problemas, de caminar seguros hacia la meta, hay que situar el Adviento para entender bien su significación. Esa situación azarosa, de permanente tensión entre el bienestar y paz que procuran los bienes terrenos y la amarga experiencia de su caducidad, provocan el deseo de algo nuevo, que llega y se acerca trayendo la paz. Para los cristianos, que ya conocen al Cristo Rey, que trae la paz, el Adviento es un tiempo de reflexión sobre esa realidad válida, que hay que mantener año tras año viva y esperanzadora.

Isaías nos describe ese movimiento esperanzador como una peregrinación hacia el monte de Yahvé. Allí en la casa de Dios hay instrucción y juicio, allí se puede ver con claridad la solución de los problemas que aquejan a todas las naciones. No es una peregrinación espontánea; es Yahvé, la luz que emana de su Ley, la que atrae a todos los pueblos que suben al monte santo reconociendo que allí reside el árbitro de las naciones. La paz que emana desde la casa de Dios es la paz que produce la justicia y equidad, el fruto del trabajo con arados y podaderas, no la que imponen las espadas y las lanzas.

Esta peregrinación hacia el monte de Dios, de donde emana la luz, refleja la situación que describe la carta a los Romanos: *la noche está avanzada, el día se echa encima*. El don de la fe, que recibimos en el bautismo nos garantiza un estadio definitivo de la vida; la iglesia mediante el sacramento de iniciación cristiana nos concede la vida eterna, pero toca a cada uno recorrer el camino que nos separa de lo definitivo. Es posible retroceder o no vivir de acuerdo con esa condición ya comenzada e incluso se corre el riesgo de olvidarse de esa realidad, la cual ya palpita en el corazón de cada cristiano. La advertencia del apóstol Pablo viene a invitarnos a seguir en la marcha hacia el monte santo, hacia el reino de la luz. Nos invita a despertar y espabilarnos, a sacudir nuestra pereza y desidia, a darnos cuenta de la condición noble de nuestra existencia, en definitiva, a vivir según la condición que adquirimos en el momento de creer.

El que Pablo no descienda a más detalles de cómo debe ser nuestro comportamiento no nos disculpa de analizar de qué forma concreta hemos de actuar según la dignidad que recibimos el día del bautismo cuando fuimos revestidos del poder salvador de Cristo. No renegar de esta fe, sino sentirla cada vez más cerca es lo que nos recuerda la celebración del Adviento. Así lo expresa Mateo, en tono exhortativo: *Vigilad*. Todos los años al llegar el Adviento volvemos a escuchar esta invitación, que nos anima a ser conscientes de nuestra condición trascendente.

En las tres lecturas resuena un grito de esperanza, una afirmación de responsabilidad de cara al futuro que asegura el Dios que se acerca al hombre desde su monte santo, desde su presencia en la historia, y augurando su venida al final de los tiempos. La historia del hombre no puede olvidar que siempre Dios le acompaña.

Esperanza y vigilia

Al comenzar el Adviento se nos advierte que tomemos conciencia de nuestra situación con frecuencia somnolienta a la que hemos llegado por descuidar nuestra diligencia. Nos ha faltado una auténtica valoración de las actividades que nos han ido ocupando y que han acabado privándonos de nuestra verdadera libertad. Nos hemos entusiasmado y hasta embriagado en nuestro quehacer sin valorar el coste de nuestras decisiones que han sido reducidas a satisfacción de nuestros deseos.

Comer y beber son las actividades básicas que no pueden reducir nuestra capacidad de no sucumbir ante ellas. La expresión bíblica de que no sólo de pan vive el hombre nos está recordando hasta qué punto el hambre (y también la sed) pueden imponerse en nuestra vida como una exigencia que no puede acallarse simplemente comiendo y bebiendo. Es necesario despertar del letargo que la comida (y la bebida) en exceso producen para poder disfrutar de la vida en toda su dignidad.

De esta forma los textos bíblicos nos están invitando a vigilar nuestro comportamiento frente a las exigencias de nuestro cuerpo, al que tenemos que cuidar pero atentos para que este cuidado no acabe fomentando en nosotros malos deseos. Esa vigilancia se nos ofrece como un despertar a la luz del amanecer, pero también como la atención y previsión de nuestros recursos luminosos para que el príncipe de las tinieblas no nos sorprenda indefensos. Tomar conciencia del momento en que vivimos, responsabilizarnos de nuestras acciones y no actuar al ritmo de nuestro cuerpo sin más, requiere permanecer alerta para obrar siempre en libertad y con seguridad.

Pertrecharnos con las armas de la luz significa para nosotros caminar por las sendas de la verdad, que a su vez conducen a la ciudad en cuyos muros habita la paz. Ahora en este tiempo litúrgico se nos invita a ello; a abandonar las actividades de las tinieblas y a vivir como en pleno día, conscientes de que la luz nos hace ver el camino recto y facilita el desarrollo de nuestro obrar con dignidad sin temor a sobresaltos que invadan nuestra casa y nos dominen con engaños y confusiones.

Esa es la noticia que se vislumbra en el horizonte que nos apunta el primer domingo de Adviento: la cercanía del Señor. Él ya realizó su venida y sentó sus reales entre nosotros; ahora somos nosotros los que iniciamos el camino que nos lleva hasta Él. Es un camino que tenemos que subir, con el esfuerzo y la garantía que nos brinda la luz que lo ilumina. La claridad que irradia lo hace inconfundible y nos anima a superar las dificultades y obstáculos que suponen siempre todo ascenso. El desgaste de nuestras

fuerzas se convierte en sacrificio ofrecido en el ara sagrada de la casa del Señor. Con Él, por Él y para Él, toda nuestra mirada vigilante, que aviva el deseo noble de sentirnos rodeados de su gracia y favor. Ese es el nuevo vestido con el que queremos revestir nuestra pobreza, convertida en ansia de Dios.

El día se echa encima

La noche está avanzada, ya es hora de despertar del sueño y vestirse con las armas de la luz. Con esta imagen que evoca la hora del cambio de guardia el apóstol Pablo quiere invitarnos a abandonar el reino de las tinieblas y afrontar la lucha cotidiana en pleno día. No podemos permanecer dormidos, instalados en la paz y el bienestar del sueño; hay que espabilarse e iniciar el curso del día, ese espacio de luz y claridad en el que hasta las sombras se ven.

El tiempo de Adviento es el tiempo de este despertar, de sacudirnos la somnolencia que produce en nosotros la comodidad; de salir de ese espacio callado en el que el silencio ahoga toda palabra crítica, toda voz de alarma y de alerta, que nos hacen salir de nuestro propio yo y nos mueve a enfrentarnos con esa realidad sorprendente que es la lucha cotidiana por no sucumbir ante la comodidad del egoísmo.

La imagen del amanecer como tiempo propicio para despertar quizás vaya olvidándose en nuestra sociedad urbana, en la que la luz artificial nos ayuda a vivir durante la noche como si fuera el día. Lo que no podemos olvidar es el estado de alerta permanente en el que vivimos para no vernos sorprendidos por malos deseos. Esa es la advertencia que nos hace Pablo al decirnos que procuremos que el cuidado de nuestro cuerpo no fomente los malos deseos; es decir, que atendamos tanto las exigencias de nuestro propio yo que olvidemos el revestirnos de Cristo y vivir con dignidad.

Esta idea de la lucha con las armas de la luz nada tiene que ver con posturas radicales o enfrentamientos cerriles con enemigos que comparten nuestra compleja existencia. La enseñanza de la parábola de la cizaña nos aconseja esperar que llegue el momento de la siega, en el que el juez podrá definitivamente separar lo bueno de lo malo. Esta actitud de espera es la que nos hace vivir en paz la misma situación de alerta y hasta de lucha abierta para evitar que el enemigo se adueñe de nuestra vida.

La enseñanza del evangelio que nos invita a estar en vela es una exhortación clara a la vigilancia para no ser sorprendidos con situaciones engañosas, para no caer en la provocación de empuñar la espada cuando resulta más eficaz convertir las lanzas en podaderas, y esperar firmes que pase el invierno hasta que llegue la primavera. Esta fortaleza para arrostrar las catástrofes y calamidades ciertas que ocurren en nuestra vida nos la procuran las armas de la luz que están más allá de nuestra ceguera. Continuar dormidos cuando ya despunta el día no es la mejor manera de revestirse de esa energía que nos anuncia el sol naciente que viene de lo alto.

En Adviento celebramos el despertar como forma concreta de unirnos a ese sol naciente que es el Mesías, el Señor.

Conduzcámonos como en pleno día

Ya es hora de despertar de ese letargo en el que fácilmente nos instalamos. Acabar con esa situación de bonanza que poco tiene que ver con el bienestar y la paz, que trajo consigo al mundo el Hijo de Dios clavado en la cruz.

La advertencia, que el Apóstol Pablo hacía a los cristianos de Roma, suena hoy de nuevo como palabra urgente si queremos vivir con dignidad la vida cristiana. No podemos continuar encubriendo nuestros egoísmos invitando “generosamente” a participar en nuestra mesa sólo a aquellos que amenizan y aplauden nuestros manjares.

Nos cuesta despertar de ese mal sueño que es la realidad que prescinde de Dios. Sí, es pura sombra que desaparece cuando brilla el sol y nos hace ver la debilidad de su aparente figura. Amar, comer, beber y hasta dormir, así como cualquier otro acto humano, no pueden realizarse con dignidad si no actuamos bien despiertos, conscientes y responsables para que la somnolencia no los convierta en mera rutina o lleguen a embriagarnos porque no hemos observado la justa medida.

Esa falta de claridad que produce el desenfreno acaba generando riñas y disputas cuando sentimos que alguien intenta arrebatar nos ese falso dominio del que alardeamos. Cuando no hay árbitro en la contienda cada uno intenta hacer valer sus argumentos convirtiéndolos en arma arrojada contra sus oponentes.

Transformamos la noche, que debería servir para descansar y recuperar fuerzas, en cubil donde tramamos, amparados por la oscuridad, todas aquellas obras de las tinieblas que acaban desestabilizando nuestra paz. Lo que se nos dio para nuestro bien, para cultivar nuestro ser, las azadas y las podaderas lo convertimos en espadas y lanzas. En lugar de profundizar (cavar) en el sentido de nuestra vida y en vez de cercenar (podar) limando toda aspereza, que hace pacífica la convivencia, afilamos espadas y empuñamos lanzas en son de guerra.

Al hablar de profundizar no queremos decir que tenemos que meternos dentro de nosotros, sino volver a nuestras raíces más profundas; allí donde surge la vida que nutre y renueva el desarrollo de nuestra existencia. Saber que Dios viene de nuevo a nuestro encuentro no es una amenaza que derrumba nuestro programa de vida, sino una firme esperanza de que es posible dignificarlo.

El evangelio nos invita a estar en vela y ser conscientes del momento que vivimos sin dejarnos aturdir por tantos afanes que embotan el espíritu y nos quitan tiempo para alimentarnos en lo profundo.

Daos cuenta del momento en que vivís

No vivimos en la eternidad. Nuestro origen y nuestro fin, nuestro nacimiento y nuestra muerte, nos ha acostumbrado a pensar que ellos son los límites de nuestra vida. Si bien eso es cierto no es todo lo que define nuestra realidad, que va más allá de nuestros límites y goza del carácter trascendente que le imprime la fe. Por tanto nuestro origen se remonta realmente más allá del amor de nuestros padres y nuestro fin trasciende la muerte y nos abre un horizonte esperanzador en el reino eterno.

Por eso la advertencia del Apóstol Pablo a los romanos, para que abandonen el sueño o el letargo en el que están sumidos, sirve para que abran sus ojos y vean la situación real en la que se encuentran. Juega el apóstol con la imagen del despertar al final de la noche cuando despunta la aurora. Ya no es posible esconder nada ante la luz que se acerca y por tanto hay que comportarse con dignidad. Se acabó el tiempo de las tinieblas y de todas aquellas actividades que necesitan de sus sombras para prosperar; ahora se inicia el tiempo de la luz y de la verdad.

Este es el espíritu del Adviento, de ese tiempo que nos anuncia la llegada del Salvador. Tenemos que despertar, sacudir nuestra actitud somnolienta y prepararnos a abordar las tareas cotidianas impulsados por esa energía que la luz del día trae consigo. Cada año la Iglesia nos brinda esta ocasión de ejercitarnos en la frescura de un caminar gozoso y esperanzado; durante cuatro domingos vamos avanzando y acercándonos por la senda que marcaron los profetas y que los mismos ángeles alegran con mensajes que describen el misterio de un Dios que se hace hombre en el seno de una mujer.

Ya no podemos ver las cosas de la misma manera; la luz eterna comienza a enviar sus destellos a la tierra y todo cobra el color de Dios. Ante ese contraste de la luz y las tinieblas reconocemos que es hora de despertar, sentimos la atracción y la energía de esa luz de la aurora, que pone en pie todas las cosas. Hay que ponerse en camino, nada de sucumbir ante ofertas que tratan de paralizar esa nueva vitalidad que nos transmite la luz divina.

Isaías, el profeta, describe esa atracción de la luz divina como una invitación a sumarse a la procesión solemne de todos los que suben al monte del Señor. Si somos capaces de percibir esta invitación que nos hace el tiempo de Adviento, nos sentiremos solidarios de esa liturgia que a lo largo de los siglos ha venido renovando las esperanzas del nuevo pueblo de Dios. La Iglesia, no sólo los individuos, sino la comunidad creyente siente la necesidad de dar consistencia a la palabra del Altísimo que nos invita a despertar del sueño y a vestirnos con el traje del día.

Jesús mismo es el prototipo del nuevo ser con el que debemos revestirnos al despertar. Pertrechados con las armas de la luz podremos avanzar con dignidad a la luz del día.

¡Heme aquí ante Ti, Señor!

El dogma de la Concepción Inmaculada de María afirma que la Madre de Dios, la Virgen, desde el primer momento de su concepción gozó plenamente del favor de Dios. Ni por un solo instante fue ella presa del enemigo de Dios, a pesar de ser ella criatura y descendiente de Adán.

Si creemos que toda iniciativa humana arranca en último término del don radical de la creación, de la libre donación de responsabilidad y dominio que Dios concede a Adán; si sabemos por fe que la respuesta de nuestro primer antepasado fue de una tremenda irresponsabilidad ante el don sublime de la libertad; si sabemos que el primer uso de tal don fue la rebelión contra el propio creador en forma de desobediencia, entenderemos mejor que la respuesta de María es la aceptación gozosa del designio de su creador.

La antigua Eva, madre de la vida, sucumbió ante las instancias de Satanás (el adversario de Dios) y todos nosotros, los hijos de Eva con la plena e indispensable colaboración de Adán, heredamos esa mancha del pecado original. La fe nos brinda la afirmación de que la Virgen, la Madre de Dios, fue concebida sin esa mancha aun cuando ella misma también es hija de Adán y Eva. Una vez más el proyecto de Dios, su plan salvífico, se manifiesta con toda su grandeza y nos remite a su origen antes del pecado. María es, frente a Adán y Eva, la respuesta obediente a ese proyecto de Dios. También como ellos, ella misma es don y regalo de Dios, sólo que ella asume plenamente, sin mancha alguna, su responsabilidad. Ella responde enteramente al proyecto de Dios desde el primer momento de su concepción.

Nos movemos en el área del misterio: en esa zona que trasciende, da fuerza y garantiza todo el orden creado; nos movemos en la propia área de Dios. Si olvidamos nuestra fe, si no somos responsables de ese don sagrado que se nos ha confiado, si pretendemos repetir la acción de Adán desafiando el proyecto de Dios, que se nos va revelando a través de sus manifestaciones en la historia, si perdemos el sentido de lo sagrado, es evidente que no podremos entusiasrnos en afirmaciones tan esperanzadoras como las que nos aseguran que Dios continúa sorprendiendo y regalando al hombre con señales inequívocas de que permanece fiel a su proyecto original en favor del hombre.

Una señal indiscutible de esa benevolencia de Dios, de ese favor al ser humano, es María llena de gracia. Ni un sólo resquicio por el que se colara el adversario; desde el primer momento toda ella es gracia y favor de Dios, sin mancha, inmaculada. Al saber que ella comparte como nosotros

la descendencia de Adán, valoramos todavía más ese privilegio del Altísimo que la regaló en su Inmaculada Concepción.

Colmada del favor de Dios

La aceptación universal de la figura de María bascula sobre dos aspectos que la hacen famosa en el orbe entero. La idea de la Virgen pone de relieve la plenitud de la gracia y del favor de Dios hasta el punto de no concebir mancha alguna en su excepcional persona; la otra idea de la Madre de Dios afirma el grado máximo de familiaridad que consiguió esta excelsa criatura al aceptar que el poder de Dios la hiciese suya sin reserva hasta el punto de convertirla en Madre.

En uno y en otro caso la iniciativa de Dios mueve el corazón de María a una aceptación gozosa de la voluntad divina hasta el punto de sentir que dicha voluntad la invade con toda su fuerza transformadora hasta el punto de que ya nada en María es contrario al designio de Dios y siente que su gracia, el favor divino, es lo único que le mueve a responder personalmente a Dios. Heme aquí dispuesta a colaborar según tu palabra. No hay oposición alguna a lo que es deseo de Dios, designio divino sobre la tarea a realizar por María. En toda su actividad, en todo su quehacer, María agrada a Dios pues ella misma siente que su gracia y favor la invaden plenamente.

No se puede hablar hoy de la Inmaculada Concepción sin poner de relieve esta compenetración gozosa de Dios y su criatura; con excesiva frecuencia se ha insistido más en la ausencia de mancha y de pecado que no en la armoniosa y fecunda relación interpersonal entre la criatura y el Creador. Esta plenitud de la gracia y del favor divino brota de esa intimidad que Dios brinda de forma excepcional a la que Él eligió para encarnarse en sus purísimas entrañas; pero no hemos de olvidar que la respuesta de María refleja la exquisitez con que ella asumió la responsabilidad confiada por el Altísimo.

El cristiano celebra la fiesta de la Inmaculada cuando se afirma en el hecho de María; cuando recordando el acontecimiento siente la alegría de saber que ha sido posible una acción de Dios tan singular y que ha dado a la criatura humana un tratamiento que la ha encumbrado al grado máximo de familiaridad con Dios. Saber que las mismísimas entrañas de una criatura humana han acogido y dado forma humana al propio deseo de Dios es algo que merece nuestra admiración y que provoca en nuestro interior el gozo de sabernos mejores en nuestra condición de criaturas.

La fiesta es para nosotros motivo de celebración del misterio de la Inmaculada pero es también invitación gozosa a participar desde nuestra condición cristiana de esa singular gracia que en María llega al colmo. Vivir la vida de la gracia y fomentar todo lo que resulta agradable a los ojos de Dios es la única forma de contrarrestar el efecto contaminador que tiene en nuestra vida la serpiente que figura a los pies de la Inmaculada.

La Purísima Virgen María

Se suele afirmar que no existen las cosas en estado puro, y a duras penas podemos creer que una criatura llegue a ser purísima de verdad. En cambio, María, la Madre de Dios, es venerada con el título de Purísima y afirma el dogma católico que fue concebida sin mancha alguna. Es cierto que se trata de una verdad de fe propuesta para que los fieles la acepten libre y razonablemente. Es clásico el argumento teológico que razonó diciendo que si Dios quiso y pudo, ciertamente lo hizo.

Creemos, sin embargo, que a la hora de integrar el misterio de la Inmaculada en el ejercicio de nuestras facultades, memoria, inteligencia y voluntad, conviene recordar, siempre desde la Revelación, que el proyecto del Creador no estuvo empañado de forma alguna en el designio divino. La voluntad de Dios sobre la creación del ser humano, y María lo es, desea una criatura que descuella sobre los demás seres creados y que sea la auténtica imagen y semejanza del propio Dios. Por propia voluntad divina creó Dios al ser humano dotado de libertad para que sin límite alguno pudiese por sí mismo querer el bien.

No fue tarea de Dios, sino consecuencia de la envidia de Satanás, su adversario, el engaño y la mentira, quien atrajo a la criatura humana brindándole como bien lo que ciertamente no lo era. Ahí sucumbió el hombre ante el falso dominio de Satanás, que continúa siempre tentándole con esa confusión constante en la que la libertad humana a duras penas consigue calibrar el bien como único objetivo del querer. Con el pecado original quedó manchada la respuesta del ser humano al proyecto de Dios, que continúa indefectible siendo voluntad salvífica para todas sus criaturas.

El dogma de la Inmaculada lejos de imponernos una verdad que coarte nuestra libertad, es la afirmación histórica del querer de Dios en su estado más favorable al ser humano. Llena de gracia, María es la respuesta sin mancha al proyecto divino; es la respuesta libre y agradecida al favor excepcional que Dios le otorga. La Purísima Virgen María es la aceptación sin límites del propio querer de Dios, hecho realidad humana en todo su ser, hasta el punto de que siendo criatura dará a luz en su propia carne al mismo Hijo de Dios.

La fiesta de la Purísima es un canto a la libertad pura, ese don por excelencia que nos hace de veras semejantes a Dios. Es un canto a libertad, que nos libra de toda atracción engañosa y seductora; es un canto por el que celebramos el triunfo del designio creador sobre la concupiscencia, que nos recuerda la derrota que por engaño sufrió el hombre en el primer ejercicio de su libertad. María Inmaculada es un perfume que devuelve a la humanidad aquella frescura original con que Dios la creó.

María la favorita de Dios

Solo desde la plenitud del favor de Dios cabe concebir sin mancha la figura humana de María la Virgen, Madre de Dios. El título popular de Pu-

rísima se ha convertido en prototipo de la ausencia de pecado, así como de carencia absoluta de mancha. Sin embargo el título de Inmaculada debería entenderse, tal como sugiere el apóstol Pablo, como quien vive en paz con Dios. Es decir, como aquel que espera alcanzar ese destino glorioso, para el cual fue creado antes de que alguien enredase y confundiese al hombre con falsas expectativas salvíficas.

María Inmaculada es la realización de esa esperanza en su grado máximo, ya que en ella el designio del Creador no ha sufrido interrupción alguna por parte de Satanás. El favor de Dios, la gracia divina, ha colmado a esta criatura excepcional con amor eterno hasta convertirla en hija predilecta del Padre, esposa fiel y fecunda del Espíritu Santo y madre consagrada por entero al Hijo de Dios encarnado.

Dios ha manifestado su Bondad en esta mujer que se dignó responder con total fidelidad a este proyecto de benevolencia trinitaria hasta el punto de aceptar sin reservas el misterio de la encarnación divina. La pureza en María Inmaculada es puro don de Dios, acogido sin reservas por María, y en ella brilla este don al engendrar en sus propias entrañas y dar a luz de su mismo cuerpo humano al propio Hijo de Dios. Es Dios, el puro Dios, quien puede realizar esta maravilla que asombra y transforma la misma naturaleza humana.

El destino glorioso del ser humano, que por designio del Creador era la vida semejante a la vida de Dios, se ha hecho carne y realidad plena en las purísimas entrañas de María, colmadas hasta la fecundidad por el Amor divino. Cuando olvidamos o prescindimos de la santidad de Dios, a la que sería imposible llegar si no se nos hubiera revelado, nos resulta difícil aceptar el hecho de una virgen que por puro don, por pura energía divina, se convierte en Madre de Dios.

Esta ignorancia o incomprensión del don divino, es ya consecuencia del pecado original, del que, según afirma el dogma cristiano, estaba exenta María. Sin embargo, somos nosotros, los hijos de Adán y Eva, los beneficiarios de esta condición excepcional de María, purísima e inmaculada, cuando celebramos este acontecimiento revelado, al comprobar que la naturaleza humana de María ha sido capaz de alcanzar tal familiaridad con la divinidad.

Esta familiaridad que tiene su origen en la plenitud de gracia derramada sobre María es un anticipo con plena garantía de que también nosotros podremos alcanzar el favor y la gracia de Dios, ya que formamos parte del mismo designio en el que el Creador todo lo hizo bueno. La diferencia está en que María gozó, desde el primer instante de su ser, de ese don puro del Creador, mientras que nosotros tenemos que esperar la victoria sobre las impurezas innatas a nuestra condición de hijos de Adán.

Preparad el camino del Señor

La figura de Juan el Bautista, como el Precursor del Mesías, fue muy considerada en los primeros siglos del cristianismo. Los restos arqueológicos de más de 100 monasterios dedicados al Bautista entre Jericó y el Jordán, así como la presencia de innumerables iglesias dedicadas al Precursor, testimonian la importancia que siempre se atribuyó al que le cupo en suerte indicar la llegada del Mesías, el Salvador. Su huida al desierto y su posterior instalación en las orillas del Jordán marcan la trayectoria que anteriormente había recorrido el pueblo elegido. Juan anuncia que el lenguaje de los profetas se cumple ahora en Jesús: lo que ellos anunciaron como un hecho futuro, el Bautista lo indica con el dedo.

Su predicación se apoya en la inminente llegada del Reino de Dios. Hay que prepararse para ello; hay que recorrer el camino, que de por sí resultaría hostil y hasta peligroso. El libro de Isaías ya había apuntado este proceso que acaba con el retorno del pueblo desde más allá del desierto, desde el destierro en Babilonia, hasta la tierra fértil, en la que habitará en paz y tranquilidad.

En la imagen del profeta, pero mucho más en la amonestación del Bautista, la invitación a preparar el camino supone una transformación a fondo de las bases por las que hay que adelantar. Se trata de una auténtica conversión. El término griego que usa el evangelio para indicar esta conversión significa algo más que un cambio de conducta, se trata de ahondar en las raíces mismas del comportamiento. No se trata de un simple cumplimiento de las normas establecidas, hay algo más profundo que hay que cambiar: es la propia mentalidad, la propia visión de las cosas y acontecimientos, la propia razón por la cual cumplimos las normas.

Los fariseos y saduceos acuden a Juan simulando una conversión que el propio Bautista no reconoce. Por eso les increpa duramente y les advierte que no se hagan falsas ilusiones pensando que les bastará el ser descendientes de Abraham. La conversión no es la consolidación de un derecho adquirido que podemos hacer valer para urgir nuestra entrada en el Reino de los Cielos; es al revés, es el Reino de los Cielos quien urge la conversión, es decir el cambio de mentalidad, de apreciación y estima de los valores. Hasta tanto no cambiemos esta jerarquía de valores y coloquemos el Reino de los Cielos por encima de cualquier otro valor, no daremos los frutos que pide la conversión.

Corremos el riesgo de creer, como los fariseos y saduceos que acuden a Juan, que nos basta con pertenecer al pueblo elegido y hasta pensar que ello es una garantía para demorar nuestra conversión radical, que tendre-